

SONATA DE MEDIANOCHE EN PARÍS

Era de noche, casi de noche. Lily estaba duchándose, el agua caía por su cuerpo reconfortándola. A las 10 en punto, como todos los días, la casa de Lily se llenó de un sonido melódico. Ella vivía en una casa del centro de Oslo, allí donde las hojas son verdes todo el año y el frío vive, incluso en verano. Nunca había presentado ninguna queja por aquel sonido diario. Su vecino, un hombre al que ella nunca había visto, siempre tocaba el piano a la misma hora, y durante una hora completa de paz, las melodías de las canciones eran lo único que se oía en casa de Lily. Ella nunca había sido especialmente aficionada a la música clásica, pero su vecino tenía algo especial. Salió de la ducha y envolvió su cabeza con una toalla. Cuando terminó de vestirse se sentó en el sillón del salón. Vivía sola desde hacía 6 años, se fue de casa con 19 años cuando su padre murió. En ese momento, Lily dejó de creer en Dios, al que había considerado como un amigo. Por eso, su casa estaba lo más lejos posible de la Iglesia. Era alta, delgada y tenía el pelo negro, era muy atractiva, con ojos verdes y de pestañas largas, pero nunca había tenido suerte con el amor. Pensaba que, como Dios, él también le había dado la espalda. Por eso era una chica peculiar. A pesar de ser sociable, no se dejaba ver muy a menudo. Sin embargo, ella tenía un secreto. En sus sueños más bonitos, su vecino, el señor Martin y ella iban a pasear por París, mientras escuchaban la música de su piano de fondo. Se revolvió en el asiento, la canción sonaba especialmente triste hoy. Una repentina sensación de melancolía la invadió, sonaba a corazón roto, a muerte repentina, a despedida. Eran las 11, el reloj de pared de la casa de Lily dio las campanadas. Se levantó de golpe, la música había parado, llevaba parando a la misma hora durante 6 años, todos los días, pero Lily aún

no se había acostumbrado. Era como cuando se rompe un hechizo que nos tiene maravillados, y vemos la realidad tal y como es, sin cortina rosa. Se tumbó en la cama y apoyó la cabeza en la almohada.

Eran las 10 y media. Lily abrió la puerta de su casa corriendo para llegar a tiempo a escuchar el piano de su vecino. Entró y se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor. Escuchó, pero no se oía nada, tan solo el latido de su corazón resonándole en los oídos a causa del esfuerzo, y un leve murmullo. Pero nada más, ninguna canción, ningún piano, ninguna melodía. Afinó el oído, esperando oír algo, pero nada ocurrió. A lo mejor su vecino aún no había llegado a casa. Se dio una ducha rápida y se puso el pijama. Seguía sin escucharse nada y eran casi las 11 y media. Lily hizo la cena, recogió el baño y planchó la ropa que acaba de lavar. El reloj marcó las 12. Lily apenas podía respirar. ¿Y si su vecino había decidido mudarse? ¿Y si se le había roto el piano? ¡A lo mejor lo había vendido! Esa fue la gota que colmó el vaso, se quitó el pijama y se vistió a toda prisa. Quería saber que estaba pasando, necesita saberlo. Se adecentó su larga melena negra y salió de casa. Cerró de un portazo y se dirigió a la puerta principal de su vecino. Levantó el dedo para llamar al timbre, pero se detuvo, miró su reloj, eran las 12. Su vecino podía haberse quedado dormido, o cualquier otra tontería. Además, ella no lo conocía de nada, ni siquiera lo había visto. Pero él era especial, y Lily sabía que en el fondo, algo no iba bien. Así que golpeó la puerta con los nudillos 2,3,4 veces. No ocurrió nada. Volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza. Con suerte su vecino sería benevolente y no llamaría a la policía. Pegó el oído a la puerta y escuchó una tos procedente de dentro de la casa. Llamó una tercera vez, un crujido esta vez, seguido de unos pasos. Lily se preparó para ver a la

persona con la que llevaba soñando 6 años. Estaba tan nerviosa que apenas oyó la llave girando en la cerradura. Se lo imaginaba alto, fuerte, de pelo rubio y ojos verdes. La puerta se abrió y el corazón de Lily dio un vuelco. Ante sus ojos no había ningún caballero con el que ir a pasear por las calles de París, lo que no había era otra cosa que un anciano de pelo blanco, ojos marrones y una sonrisa cansada. Por encima de su estupor Lily pudo notar las ojeras bajo sus ojos, sus movimientos lentos y su dificultad para respirar. Él le miró a los ojos y Lily le devolvió la mirada. El anciano asintió como si entendiera y la invitó a pasar. Lily le contó toda la historia mientras tomaba un chocolate caliente con aquel simpático anciano. Y conforme iban hablando se iba dando cuenta que quizás aquel hombre no era su príncipe azul, pero era algo mejor. Él le dijo su nombre, se llamaba Chris, Chris Martin. También le contó que había nacido en Inglaterra y que con tan solo 18 años viajó a España a buscar trabajo. Que con 26 años se casó y con 32 se quedó viudo. Le dijo que había llegado a Oslo hacía 10 años escapando del triste recuerdo de su difunta mujer y del cáncer de pulmón que le amenazaba. Ella le dijo que no creía en Dios ni en el amor, y que le encantaba como tocaba el piano. Él solo suspiró y le confesó que ya estaba muy mayor para tocarlo. Y tosió, también tosió mucho. Y Lily se asustó y se echó a llorar. Chris siguió tosiendo. Ella llamó a urgencias y él le dio una copia de la llave de su casa. Lily sintió que lo perdía. Y así, a la mañana siguiente, pasó todo el día en casa de Chris. Limpió todos los cuartos, especialmente aquel donde tocaba el piano. Era un instrumento maravilloso, era el piano de los sueños rotos, de los jóvenes ancianos, de Cristo, porque tenía alrededor estampitas de todos los Santos, el piano de su príncipe azul. Lily no pudo evitar sentarse en la banqueta y levantar la tapa. No sabía tocar

nada. Esa noche Lily durmió en el hospital, al lado del anciano, y a la mañana siguiente ambos volvieron a casa. Él podía respirar. Chris le dijo que había sido Dios, y ella volvió a creer en él, y en el amor, sobre todo en el amor. Lily vendió la casa y se fue a vivir con Chris, con el padre del que nunca pudo disfrutar.

Hoy es 27 de Enero. El viento sopla entre las calles de Oslo. Está furioso, muy furioso. En el 11 de la calla Flores no se escucha nada, excepto el sonido de un viejo piano. Lo toca una mujer con el pelo blanco, aunque antes era negro. Es un piano rodeado de estampas de santos. Son las 10 de la noche, la tapa del piano está levantada y suena la última canción, la canción de despedida. La única lámpara encendida se apaga poco a poco. La mujer sonríe, va a reunirse con su príncipe azul. Por fin pasearán juntos por las calles de París, como padre e hija. Como dos pianistas perdidos eternamente en los giros de una partitura interminable llamada "Vida".

Venus